



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXXIX

Zaragoza, 1 de Enero de 1937

Núm. 901

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

—ooo—

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de «EL ECO DE LA CRUZ», Conde de Aranda, 1, Almacenes del Portillo.

UNA PATRIA UN ESTADO UN CAUDILLO

Una patria: España Un caudillo: Franco

triste herencia del pecado original; y esto es bueno.

¡Oh, si lo tuviéramos bien presente y en cuenta en todos nuestros actos!

El daño mayor que lamentamos ahora tiene por causa todo lo contrario; la soberbia humana, el excesivo concepto y estima de sí mismo, el endiosamiento del hombre.

El hombre se ha creído rey de la creación, soberano del universo y se ha convertido en un déspota, en un tirano.

Y reconociéndose todos los hombres iguales, todos soberanos, de sí mismos al menos, se han hecho perfectamente ingobernables. El mundo se ha convertido en un manicomio y en un infierno.

El conocimiento de la propia insignificancia hace al hombre humilde y la humildad le hace paciente y dócil.

Y cuando el año acaba ve el hombre terminada otra etapa del tiempo, un nuevo ciclo de su vida fugitiva y contempla con pena el tiempo perdido.

El año nuevo es momento oportuno para las profundas reflexiones y para las transformaciones radicales y renovadoras.

Ya es un bien, una gracia de Dios, el ver con dolor un pasado estéril o

bochornoso. El que no sabe o no quiere reconocer su caída no se levantará.

Porque el cristiano contempla con pena su pasado inútil o sus pecados, pero sabe que puede enmendarse con la gracia de Dios. Sabe que Jesucristo ha dado su vida por él y que le llama y le espera como al hijo pródigo para abrazarle y llevarle a la casa paterna.

El hombre siente cansancio y hastío de la vida y se ve invadido por el desaliento y desconfianza de todo y se lanza con ansia hacia el futuro desconocido que se le presenta como una fórmula nueva. Jesucristo anunciaba al mundo la buena nueva, el evangelio.

Las gentes todas, filósofos, sabios, políticos, sociólogos, médicos... anuncian los frutos de su inteligencia como algo nuevo y desconocido.

El mundo se contempla gastado, carcomido, viejo; todos abominan de él y quieren raerlo por completo. Que no quede nada, para que no pueda contaminar al mundo nuevo. Ni hombres gastados, ni métodos desacreditados, ni principios falsos.

El mundo nuevo ha de ser como una creación. Principios nuevos, hombres jóvenes y briosos, métodos ef-

¡VIDA NUEVA!

Al comenzar el año es la frase obligada: "Año nuevo, vida nueva".

Sin embargo podemos asegurar que no siempre se cumple el buen propósito; al contrario, una experiencia humillante nos atestigua que la vida del nuevo año se diferencia poco de la del anterior.

¿Y esto este año sólo?

Este año y el pasado y el anterior y todos los años.

Y lo que nos pasa a nosotros pasa casi a todos.

¿Es una fatalidad?

Es cierto que sentimos profundamente, íntimamente nuestra miseria,

cientes. La humanidad tiene prisa, ha de ganar el tiempo perdido.

Bien están esas ansias de renovación; abominar de lo podrido y estéril, pero si sólo se pretende mirar con embeleso a la juventud y acelerar el ritmo no haremos nada prudente.

El mundo y el hombre tienen sus leyes que el hombre no puede cambiar. La renovación consiste en ajustarse mejor a ellas. Sólo la ignorancia puede poner su confianza en lo

nuevo, como si se tratase de una moda. La España nueva, será la España grande porque se la quiere fundar en los principios eternos, en los que forjaron siempre la grandeza del alma y la de todos los pueblos: en la fe y en el amor.

La España nueva será la España grande porque será la España Católica, la España vieja.

FELIPE CLEMENTE

DIA DE LOS SANTOS REYES

SUEÑOS DE INFANCIA

Una de las ilusiones más bellas y más rosadas de los niños candorosos, de los hombres del mañana, que traen siempre un placer indefinible a las almas, es la ilusión con que esperan en su balcón o ventana el regalo de los Reyes en la noche suspirada.

Se pierde nuestro recuerdo por más que activo se afana en los días venturosos de los años de la infancia en que todo lo veíamos a través de tenue gasa, tras el prisma sonrosado de risas, nunca de lágrimas. El mundo nos parecía un jardín donde habitaban sólo genios de leyenda, sólo fantásticas hadas.

Vino el cierzo de los años y arrancó con fiera saña,

los ensueños candorosos, las ilusiones doradas, igual que arranca los pétalos de las flores perfumadas.

El desengaño clavóse como una traidora daga lo mismo que una y mil veces cruel se hundió en otras almas.

Hay hombres ¡quien lo dijera! que parece que se afanan en quitar a la niñez esa bendita ignorancia, desconociendo que el mundo duro, inflexible se encarga de hacer que vea la vida después real, descarnada.

Respetad, buenos lectores, estas ilusiones santas, no despertéis a los niños con enseñanzas tempranas, dejad que sueñen dichosos venturas y bienandanzas, pues no hay cosa más hermosa que los sueños de la infancia.

EL DUENDE AZUL

oirte muy animado en la conversación.

—Es que ha vivido uno como atontau...

—¡Gracias a Dios que te lo conozco!

—Quíe icise que más ven cuatro ojos que dos; y la esperencia le va a uno abriendo los ojos; y siempre hay en el mundo un güen amigo que t'aconseja lo que conviene.

—Bueno, y ¿a dónde vas con todo eso?

—Que no sé cómo hi sido tan tonto toa mi vida...

—Ni yo tampoco lo sé.

—Me deje usté acabar. Hi estau pensando lo que m'hi perdido toa mi vida, con los Reyes Magos, qu'hi sido un tonto, me lo conozco. Me lo icía ayer el Grabiél. Eres un tonto; yo en tu puesto m'hubí sacau con los Reyes to lo que hubí querido.

—No te entiendo.

—Que los Reyes ahura ponen regalos a too bicho viviente, si uno sabe apañaselas. Que denantes sólo ponían a los críos trompetas, tambores, chufainas, que ojalá se rompieran todas pol camino; porque después de Reyes no se pué vivir; too los críos chufando y metiendo ruido a la vez por esta luna; pero ahura les ponen también a los mayores y cosas güenas; a don Gervasio, el del prencipal, le pusieron el auto ese tan precioso pa pasarse; a su señora le pusieron una radio; al criau, a Colás, que ellos l'icen Nicolás, porque son siñoritos, le pusieron un vistido nuevecico, unas botas y dos churizos. Me s'hacia la boca agua cuando me lo contaba. Y luego aun m'icia ¿y a tú no te ponen nada? Eres un desgraciau y un tonto. Si yo estuviá en tu puesto...

—¿Qué haría? Si los Magos pasan de largo por tu ventana, qué?

—Es que m'ha dicho que usté es Mago...

—¿Ahora te enteras? ¿Con los años que llevas en este Tribunal?

—Pues por eso...

—No te entiendo.

—Que antes semos los de casa que los de afuera.

—Conforme y ¿qué?

—Que usté habí de pensar primero en traime a mí algo güeno que no repartir por ahí a tol mundo.

—¿Qué necedades dices! ¿Tú crees que yo voy por ahí con un camello a repartir juguetes por la noche?

—Yo lo que le sé decir a usté es que a utros les ponen los Reyes y a mí, no; y eso siendo usté Mago.

—Tienes la cabeza muy dura. Ya pondrás un poco de cebada en el balcón...

—Aunque sea un almú.

Tilín, tilín...

—¿Se puede pasar?

—¡Adelante!

—Usté nos dispensará, señor Mago, semos unos probecicos.

—Bien venidos seais.



TRIBUNAL BARATO

—¡Macario...!

—¡Señor...!

—¿No hay nadie esperando? Me extraña, con la hora que es ya.

—Que s'aguarden.

—¿Cómo, que se aguarden? Se conoce que te has entretenido y no has pensado en ello. Me ha parecido

—No queríamos molestarle a usted...
—Aquí no molestan los pobres, que son los predilectos de Jesucristo. ¿Qué se os ofrece?

—Yo estoy enferma y este hombre no tiene trabajo y tampoco tiene mucha salud.

—¿No os han socorrido estos días? Porque con motivo de la Natividad del Señor se han dado comidas extraordinarias en muchos sitios y bonos de socorro.

—Sí señor, sí; nos daron muy bien de comer y nos daron también unos bonicos; que Dios se les pague todo. Pero ya sabe usted, señor, que la necesidad de todos los días es mala de socorrer. Nos han dado y nos dan aun; que Dios se les pague y gracias a eso vamos comiendo con muchos apuricos; pero miuste, señor, no es sólo comer, hacen falta otras cosas, y amás ahora en invierno; tienes que pagar el cuartico, que pago ocho pesetas, en una guardilla y el mes no es visto ni escuchau; no tienes ropica pa abrigo y estamos debajo del tejau; hay que tener una mija e fuego pa hacer la comida y pa calentate; jabón pa lavate la ropica...

—Pienso mucho en los pobrecicos, sobre todo en este tiempo de invierno tan crudo. Tenéis razón; no basta con comer, es preciso la ropa que abrigue el cuerpo, el fuego que caliente la habitación, el cuartico que hay que pagar. No os iréis de aquí sin alguna cosa, aunque yo también soy un pobre, pero lo diré en El Eco... y creo que la gente os socorrerá.

—Miusté, señor Mago; la gente está cansada de tanto pedir pa tanta cosa... y nosotros lo pagamos, que nos dan muy poca cosa. Yo ya lo comprendo, piden pa tanta cosa...; pero nosotros no tenemos nada...

—Es verdad que se pide mucho, pero es preciso todo. Los donativos en metálico, en oro y en especie para el Ejército; lo del plato único, el aguinaldo del soldado... No piensan bien lo que es una guerra, y una guerra como ésta. Todo nos ha de parecer poco. Cuando pienso en los soldados y en las milicias se me conmueve el corazón. Que no les falte nada; ni alimento, ni buenas ropas, ni aun el regalo de un capricho... todo lo merecen por la causa que defienden, por su generosidad y por su heroísmo. ¡Y qué bien que lo hacen! Y luego tan cristianos como se portan. Estos chicos me emocionan. Pensad en ellos, pensemos todos en ellos, que dormían en buena cama y ahora duermen muchos en el suelo, aunque llueva... ¡hijos míos! no tenemos derecho a quejarnos de nada; y luego la lucha horrible, las balas, quizás la muerte... y todo con esa alegría y temple de su vida en plena lozanía... Justo es que les atendamos; justo, que nos privemos de cualquier cosa, que suframos algo para aliviarlos y para rodearlos de estimación y de cariño.

Y más conforta aún el pensar en

Jesús Nuestro Señor, infinitamente rico y poderoso, dueño de todo el universo, y que se hace niño por nosotros y nace pobre, en un pesebre. El ha ennoblecido la pobreza y el sufrimiento. Cuando nos vemos pobres somos como Jesús y esto nos debe dar fuerzas extraordinarias y una alegría divina. Es más, Jesús ha hecho suya la pobreza y ha nombrado a los pobres sus representantes en la tierra, hasta el punto de recibir como hecho a El lo que se haga con los pobres. Por eso entre los cristianos es donde florece la compasión y el amor a los pobres; y en estos días se socorre con más abundancia en recuerdo del Niño Jesús.

—¡Pues qué pocos quién a los pobres! usted no lo sabe, señor Mago.

—Es verdad; el mundo está pagano y por eso está tan mal. Es preciso volverlo a Jesús. Es necesario que los hombres sepan que son hermanos, que se sientan hermanos y se amen y sólo entonces tendrán compasión del desgraciado y tendrán pena de verlo sufrir y no podrán consentir verlo pasar hambre y frío y partirán con él su pan y su vestido. Hace falta mucho para los soldados, pero no se puede dejar de asistir a los pobres, que también han de vivir. Nada más que pensasen muchos en la vida precaria de los pobres, siempre en la angustia sin saber de dónde vendrá, ni si podrán comer aquel día, se llenarían de pena y acudirían en su ayuda.

Los pobres han sido la primera preocupación de la Iglesia en todos los tiempos. Es el amor cristiano, es la caridad.

—¡Macario!

—¡Señor!

—Dales a estos pobrecicos de lo que haya por ahí para que puedan cenar.

—Pero...

—¡Nada! hazlo y calla.

—Conforme, como usted diga.

Tilín, tilín, tilín...

—¿Se puede pasar?

—¡Adelante!

—Mire usted, señor Mago, vengo a desahogarme con usted.

—Usted dirá y antes cálmese, porque la veo un poco nerviosa.

—Estoy nerviosa, sí, lo comprendo, ya me dispensará usted, pero yo tengo que desahogarme y ahora no se puede hablar con nadie.

—Dígame...

—Estoy conforme con lo que piden para la guerra. Claro, no hay más remedio, no nos vamos a dejar asesinar por los rojos; pero usted no sabe la de recibos, colectas, limosnas, propinas... que han llovido en estos días; estoy frita. Porque todo esto viene sobre todos los gastos ordinarios que ahora apenas podemos con

el pelo... Esto es absurdo, no hay derecho.

—Cierto que la vida se ha puesto más difícil...

—¡Difícilísima, señor, y perdone que le interrumpa. Son muchos los gastos de casa y si luego se juntan todos los gastos de la guerra, los descuentos, la carestía y nos vienen encima con este aluvión... Las muchachas, la portera, el vigilante, el cartero, el asilo tal, las monjitas cual, las conferencias, las escuelas parroquiales, los periódicos, las revistitas y hojitas mil, la Acción Católica, las Juventudes, las mil Cofradías, las colectas para el culto y clero... una letanía interminable capaz de agotar con todos los recursos y con toda la paciencia.

—Sí, la vida está cara; pero hay una desorientación completa acerca de los gastos y sobre todo de *esos* gastos. Lo que más le pesa a usted ya se ve que es esa lista tan molesta y larga que ha recitado. Toda ella se compone de pequeñas cantidades...

—Dispénsame usted, pero cuando una ya va muy cargada todo se hace insoportable; y hay que ver lo que es ahora sostener una casa.

—Le decía a usted, cuando me ha interrumpido, que son todo pequeñas cantidades que van al presupuesto de personas modestas y que cuentan con eso tan eventual, para muchas y muy graves necesidades en la mayoría de los casos; es más, esa gratificación viene a suplir una deficiencia del sueldo. Seguramente se asustará usted de pensar en no tener muchacha o portera; querrá usted tener vigilante, cartero, escuelas católicas, etcétera; justo es pues que pague esos servicios y que muestre algo de gratitud, que también de afectos vive el hombre y más aún que del dinero. Y esos humildes servidores o patrocinados tienen una alegría en estos días en medio de tanta indiferencia y miseria.

Sería mejor para aliviar su presupuesto, quitar algo de lo mucho inútil o perjudicial en tanta cosa como se juzga *el gasto de casa*. Algo del vestir, de la comida, de diversiones... tener un poco más de sentido social; no creer impertinentes esos pequeños gastos, que son imprescindibles en la sociedad y *contar con ellos en el presupuesto* y no como si fueran algo extraño. Además, hay que aprender que estamos en guerra, que son muchos los que no se han enterado; guerra atroz, espantosa, de vida o muerte y hay que saber que a todos han de llegar sus repercusiones; es más, hemos de juzgar un honor en tener parte de esa gloriosa carga. ¿Y quieren ustedes vivir sin privación ninguna, como si no hubiera guerra?

EL MAGO

OLOR DE CRISTO

RIENDA SUELTA

Al seguir nuestra ruta en la vida vemos con mirada displicente la muchedumbre de seres vulgares, despreocupados, desorientados. Pero de cuando en cuando, como hitos del camino y más aún como pastores del rebaño, observamos alguna figura que se destaca e impone su superioridad.

Las gentes sienten el atractivo de esos hombres y las miradas se dirigen hacia ellos reverentes y ansiosas.

Mirad a esos hombres. Son gigantes de la humanidad. Se elevan a alturas prodigiosas sobre el nivel nauseabundo de la masa. Parecen hundirse en las nubes; tienen los pies en la tierra y la cabeza en los cielos.

Sienten dentro de sí una fuerza extraordinaria; marchan y empujan a los demás. Son políticos, sociólogos, literatos, poetas, oradores, historiadores, artistas, guerreros, profesores, economistas, sacerdotes, misioneros...

Llevan en su alma ardiente un ideal que les fascina y que quieren realizar por encima de todos los obstáculos.

Unos son pacientes y tenaces; acometen sus empresas con prudencia, sortean hábilmente los peligros, corrigen los desaciertos humildemente y sin desmayos y logran la madurez de sus sueños aunque sea en los años tardíos de la vejez.

Otros son intrépidos; tienen prisa; arremeten briosos como si los obstáculos les estimularan y se lanzan a brida suelta en carrera desenfrenada, arrollándolo todo a su paso.

Pero en las diversas modalidades todos sienten el anhelo que desborda su alma y necesitan inflamar a otros para centuplicar sus fuerzas y hacer una humanidad nueva y mejor, forjándola en el yunque de sus anhelos y de sus afanes.

Tienen el don del proselitismo. No sólo logran el ascendiente sobre los que les rodean; se ven cercados de admiradores entusiastas que les aclaman como maestros, secundan sus planes y son el vehículo que lleva a todas partes la nueva doctrina.

El maestro es acatado y venerado. Con frecuencia el maestro se ve muy por encima de los demás. No discute; dispone. Cuenta con la docilidad de sus amigos y actúa con decisión e independencia. No es raro que se sienta caudillo y tenga sólo confianza en sí mismo; además, nadie como él siente el ideal. Por eso no se fía de nadie; ha de intervenir en todo; las disposiciones reglamentarias, claro es, pero hasta un recibo, una nota suelta,

un recado, una actitud, una visita... todo es trascendental y ha de llevar su espíritu, su tino delicado, su visión segura. Todo pelagra si no está todo bajo su tutela inmediata y vigilante.

Estos hombres elevados suelen ser absorbentes; han de estar en todo, lo han de intervenir todo, han de figurar en todo, lo han de llenar todo, han de sonar en todo. Suplantando a todos, eclipsando a todos.

Don Juan era un hombre extraordinario también en esto.

Dotado de un espíritu asombroso de proselitismo, no tenía nada de común con ese dinamismo, celoso y absorbente.

Su fecundidad espiritual exuberante le exigía un dispendio enorme de energías y le obligaba a echar mano de infinidad de personas para *EL ECO DE LA CRUZ*, para sus múltiples juntas y asociaciones. Cuando ahora pensamos cómo hizo algunas cosas quedamos asombrados. ¿Cómo se fiaba de nosotros? Eramos unos improvisados; le queríamos con delirio y veneración, cierto, pero nada más. En *EL ECO*..., por ejemplo, fué excelente criterio el que todo fuera firmado con seudónimos. Si hubieran visto las gentes, ¡las de aquel tiempo! quiénes se ocultaban bajo aquellos nombres... junto a la figura de El Mago. Eramos unos pobres estudiantes, casi todos. Y muchas veces iba nuestro artículo para fondo.

En las juntas, círculos de estudios, etcétera, hacia lo mismo. Nos encargaba de un círculo, de una escuela... y ya no se preocupaba, como si no le interesase. Rogaba a Dios por las obras, pero daba libertad de desenvolvimiento y espíritu de responsabilidad. Parecía que nos dejaba solos. Eramos nosotros los que no sabíamos pasar sin él y no nos sentíamos seguros hasta que no le contábamos todo lo que nos pasaba y hacíamos suya nuestra obra.

Ni quería contestar apenas a nuestras cartas. Quería incorporarnos a las obras, a la vida, pero no sentía afán de influir en nada, no tenía confianza en sí mismo; nos encaminaba a Dios, nos encendía en el alma su entusiasmo espiritual y nos hacía andar.

¡Cuántas obras raquílicas por falta de ese espíritu amplio, generoso y elevado!

¡Qué desinterés, qué grandeza de alma siempre, la de don Juan!

JUAN DE LA CRUZ

A nuestros suscriptores

Enviamos *EL ECO DE LA CRUZ* a todos los suscriptores residentes en las zonas liberadas por el glorioso movimiento nacional; y lo enviaremos inmediatamente a todos los puntos que se vayan ocupando. El trastorno producido por el comunismo es enorme y a todos nos alcanza.

Comprendemos bien los agobios económicos de la hora presente, pero urge extraordinariamente esta siembra espiritual, en condiciones tan favorables como el momento actual. Este resurgir cristiano es prueba de que el pueblo ha visto claro el valor de los intereses religiosos; está hambriento de doctrina, de religión; hay que propagar cuanto sea posible la prensa religiosa. Por eso

A los suscriptores de *EL ECO* les rogamos:

1.º Que propaguen y den a leer *EL ECO DE LA CRUZ*.

2.º Que abonen cuanto antes el importe de su suscripción, y si les es posible, con sobreprecio voluntario. Las actuales circunstancias nos exigen a todos sacrificios y fácilmente se comprende el trance difícil en que nos colocan.

3.º En los puntos en que haya desaparecido el suscriptor o administrador que recibía *EL ECO* a su nombre, rogamos a los suscriptores que se dirija a esta Administración el que pueda distribuir *EL ECO* y se encargue ya de hacerlo, aunque sólo sea provisionalmente.

Todo para mayor gloria de Dios y por la grandeza de España.

La Administración